

en confesión. He aquí cómo se expresa el Concilio (1): «Por razón de que está escrito, según el Apóstol: Pruébese el hombre á sí mismo y de esta manera, coma de aquel Pan: según lo cual somos enseñados con toda claridad que nadie debe recibir el Cuerpo del Señor si no fuere antes probado por la contrición del corazón, por la confesión de boca y por la satisfacción de obra, porque el que le recibe de otro modo come para sí su propia condenación; y algunos, atendiendo más al temor reverencial del sacerdote que al que deben tener á Dios, ocultan sus crímenes y pecados á los propios sacerdotes, afirmando que se han confesado con otros sacerdotes, no haciendo otra cosa con eso que comulgar indignamente, engañándose á sí mismos, cuando mienten á los sacerdotes, que en el día del juicio han de dar cuenta de ellos; por tanto, establecemos y mandamos que ningún sacerdote distribuya la Eucaristía á sus feligreses, antes bien, para rubor y vergüenza de los mismos se la nieguen expresamente hasta que conste que se les ha oído en confesión.»

458. Las vigiliias fueron haciéndose menos corrientes en la Edad Media; empero quedaron vigentes únicamente algunas de las mismas que poco á poco se redujeron á menor número, á causa del poco afecto que profesaban los fieles en general, á la mortificación de sus propias comodidades. La preparación próxima para la comunión es la que se observó siempre, debido á la absoluta necesidad que tenemos todos de disponernos afectuosamente, si es que pretendemos obtener algún provecho de la participación del Cuerpo del Salvador. Fué varia, según el estado de las personas y la devoción y fervor de las mismas.

459. Estando todos los comulgantes dispuestos y presentes al Sacrificio, el celebrante les indicaba que recitasen el *Confiteor Deo*. Antes, empero, de pasar adelante, debo averiguar el origen de esta disposición próxima, para la Comunión. Los cistercienses, en el siglo XII, tienen

(1) Can. 4.º

el honor de ser los primeros en decir el *Confiteor Deo* antes de la recepción del Cuerpo de Jesucristo. Lo recitaban en coro, y decían sus culpas en general al abad ó Mayor de ellos, bajando luego al templo para comulgar ordenadamente. De estos religiosos aprendieron en el siglo XIII los dominicanos, carmelitas y agustinos, quienes lo recitaban, no en coro, sino en el templo, añadiendo además las preces *Misereatur é Indulgentiam*. Lentamente se fué introduciendo semejante práctica en toda la Iglesia, según la vemos prescrita de Rúbrica desde inmemorial tiempo.

460. España, que trabajó siempre por conservar pura su fe, temiendo en el siglo VI que algunos arrianos se acercasen á la comunión de los católicos; y deseando al propio tiempo que la Fe de la Iglesia se arraigase fuertemente en la mente de los fieles, mandó en el III Concilio de Toledo, tenido en 589, que ningún católico perteneciente al territorio hispano se atreviese á comulgar sin recitar de antemano el Símbolo, cuya práctica se observó por muchos años.

461. Al hablar de los primitivos tiempos de la Iglesia, vimos la actitud con que comulgaban los fieles; y al querer tratar de esto mismo en los tiempos que recorremos, comprendo que hay muy poco que decir, porque al principio de la Edad Media se conservaban aún muchas prácticas de aquellas edades, como en 590, que los fieles recibían la santa Hostia en la mano; más tarde comenzó á observarse la costumbre de comulgar estando arrodillado, actitud más devota, teniendo siempre delante un blanco y fino lienzo, á fin de evitar que ninguna sagrada Partícula viniese al suelo. El lugar de la comunión, salvo raras excepciones que ya quedaron mencionadas, era el siguiente: Los clérigos y monjes en el altar ó presbiterio, y los demás fieles legos fuera de este lugar. Los emperadores, reyes y magnates comulgaban en el lugar que lo verificaban los clérigos. No es necesario insistir sobre el orden que guardaban al comulgar, pues quedó suficientemente explicado.

462. Existía, hacia el siglo IX en Alemania, la costumbre bastante permitida de que aquéllos que en un mismo

día se hallaban presentes á varias misas y en éstas querían comulgar, no les fuese impedido, si es que se llegaban con las debidas disposiciones. Walfrido Strabon (1) añade que no se atreve á culparlos de ninguna manera, apoyándose en la sentencia del Agustino, quien afirma que tanto los que comulgan muy á menudo, como los que lo verifican en pocas ocasiones, no son dignos de repulsa, porque mientras á éstos les mueve á ejecutarlo el temor y reverencia á tan alto Sacramento, un deseo y fervor ardiente de recibirle y tenerle siempre en su posesión anima á aquéllos para verificarlo de distinta manera.

463. La comunión sacramental se prohibía á los energúmenos que no procuraban de ningún modo arrojar de sí el espíritu malo; pero á los que cuidaban de su salud y paz espiritual y se entregaban del todo á la solicitud de los clérigos para que, ó bien los exorcizasen ó rogasen por ellos, les era permitida, dicen los Concilios de Orange y de Arlés II (2). Asimismo, les era entredicha á los sacerdotes bígamos, según lo declararon los Concilios de Neocesárea (3) y de Laodicea (4). Finalmente, era negada á todos aquéllos que eran excluidos de entregar las ofrendas en el Sacrificio, acerca de los cuales dejamos hecha mención en el capítulo séptimo del tomo III.

464. Al tomar el sacerdote la santa Hostia y presentarla algo elevada al pueblo, decía: «He aquí el Cordero de Dios; he aquí el que quita los pecados del mundo. Señor yo no soy digno de que entréis en mi morada, mas decid solamente una palabra y mi alma quedará sana». Esta última oración la repetía tres veces, juntamente con los comulgantes, que se daban golpes de pecho, y el uso de ambas para este acto, no es improbable que traiga su origen de los principios de la Edad Media, pues de estos mismos tiempos son las que dice á continuación: «El Cuerpo de

(1) De rebus Ecclesiast. cap. 22.

(2) Can. 14.

(3) Can. 7.

(4) Can. 1.

Nuestro Señor Jesucristo conserve tu alma y la lleve á la vida eterna». Durante el acto de la Comunión, el coro cantaba salmos, y mucho tiempo después comenzó á introducirse el canto de algunas estrofas ó letrillas, compuestas expresamente para este objeto; práctica que, no obstante, parece impertinente para este acto, ya que el único fin para que están indicadas las referidas letrillas, es para mover la devoción de los comulgantes, y creo que resulta todo lo contrario.

465. Acabado el acto solemne de la Comunión, el celebrante y ministros, dirigiéndose al altar, proseguían las ceremonias de la misa; aquél, tomando el cáliz del sacrificio, lo presentaba al subdiácono para que le pusiera vino, diciendo mientras tanto en nombre de todos los que han comulgado: «Lo que hemos recibido, oh Señor, con la boca lo hayamos acogido con un corazón puro; y este don que nos has dado en la presente vida sea para nosotros un remedio sempiterno.» Del siglo VII ú VIII, todo lo más, data la oración que acabamos de insertar, pues se halla en un misal de los godos de antes de Carlo Magno. Es cierto, como consta del Orden de Carlos el Calvo, que en el siglo IX la recitaban los fieles después de haber comulgado, por lo que es muy verosímil que la dijeren juntamente con el celebrante. La misma oración se encuentra en otros misales pertenecientes á los siglos XI y XII. No sabemos de cierto si antes de estos tiempos se recitaría en voz alta ó baja; creo que en algunos lugares se practicaría del primer modo, según lo verifican aún hoy día los etíopes; el Micrólogo nota que se debe ejecutar del segundo modo.

466. Luego que el subdiácono había puesto vino para la primera ablución del cáliz, proseguía el celebrante con la oración siguiente: «¡Oh Señor, vuestro Cuerpo que yo recibí y vuestra Sangre que bebí se adhieran á mis entrañas, y os ruego que no permanezca en mí la mancha de mis pecados que los puros y santos sacramentos repararon. Que vivas y reinas eternamente. Amén.» Esta oración tan antigua como la otra y que la recitaba el celebrante en nombre de

todos los fieles que habían comulgado, fué sacada, como asegura y prueba Le-Brun (1), del *Postcommunio* del misal de los godos de antes de Carlo Magno. El *Postcommunio* es idéntico á la oración referida.

Pero vengamos á la segunda ablución que tiene efecto mediante el vino y agua que el subdiácono suministra al celebrante. Durante los doce primeros siglos no estaba en uso la purificación del cáliz y dedos del propio modo que lo está en los presente tiempos; el sacerdote lavaba la sagrada copa por la parte interior y á continuación los dedos en otro recipiente honesto, arrojando luego el agua en la piscina. Por este mismo tiempo, durante la Semana Mayor y en las misas de difuntos, el celebrante bebía el agua con que había purificado los dedos y el cáliz; ésta es la primera noticia que tenemos de que el sacerdote bebiese lo que generalmente arrojaba al lugar mencionado (2). Mas en el siglo XIII, Inocencio III (3) nos dice que la ablución ó purificación se debe hacer con vino y que la debe beber el mismo celebrante, á no ser que hubiera de celebrar otra vez el sacrificio en el mismo día. Durando (4) atestigua que la ablución se hacía con vino y agua; de suerte, que en este tiempo la ablución se hacía del mismo modo que ahora, al menos en algunos lugares, pero no del todo como al presente, porque los monjes de Cluni (5) practicaban tres clases de abluciones: primeramente purificaban el cáliz con vino y bebían este líquido; luego purificaban los dedos en otro cáliz y tomaban también la ablución, y finalmente limpiaban de nuevo el cáliz con vino y agua y asimismo la sumían; en otros lugares ejecutaban dos de ellas tan solamente, que por veneración al Sacramento subsistieron siempre en la Iglesia, prevaleciendo al uso contrario.

467. Practicada esta ceremonia, el subdiácono enju-

- (1) Explicatio Missæ. tom. I art. 9, §. III.
 (2) Orden R. X, n.º 121.
 (3) Tract. de Myster.
 (4) Lib. 4, cap. 55.
 (5) Le-Brun, loc. cit.

gaba el cáliz y lo cubría con el purificador, colocando asimismo encima de éste la patena, la hijuela y los corporales. De otra parte, el diácono trasladaba el misal al lado de la epístola, y allí se dirigía silenciosamente el celebrante y recitaba en voz sumisa el *communio*.

468. Luego se dirigía al altar, el cual besaba, y volviéndose al pueblo le saludaba y éste respondía del modo acostumbrado; acto continuo se dirigía al lado de la epístola y, diciendo en voz alta *Oremus*, recitaba del propio modo el *Postcommunio*, que en la festividad del Sacramento es el siguiente:

469. «Te rogamos, Señor, que nos llenes del sempiterno gozo de tu divinidad que prefigura la percepción temporal de tu precioso Cuerpo y Sangre. Que vives y reinas con Dios Padre en unidad del Santo Espíritu, por siempre. Amén.» Esta oración del *Postcommunio* que, según la presente Rúbrica, debe ser seguida de tantas oraciones ó colectas cuantas se dijeron al principio de la misa, es la acción de gracias que en la Edad Media se tributaba al Altísimo por el celestial beneficio que les había concedido en la participación del Cuerpo y Sangre de su Hijo Jesucristo. Es cierto que existía ya en los siglos XI y XII, pero no tenía la forma tan concisa como ahora. De ella hablan Ruperto (1), Pablo, Inocencio III, (2) Durando y otros (3).

470. Recitada esta oración, el celebrante volvía al medio del altar, le besaba, y tornaba á saludar á los fieles del modo tantas veces referido; éstos respondían como es consiguiente, y el diácono, colocado del propio modo que el sacerdote celebrante, entonaba *Ite missa est*, ó *Benedicamus Domino*, siendo respondido por el coro, con el *Deo gratias*. Vimos, al tratar de la Eucaristía en los primitivos tiempos de la Iglesia, que el diácono despedía á los catecúmenos usando la fórmula *Ite missa est*; pero al entrar en los tiempos

- (1) De divinis Offic., lib. 2, cap. 18.
 (2) Loc. cit.
 (3) Lib. 4, cap. 56.

medios comenzó á usarse después de la última salutación.

431. Los autores discrepan acerca del por qué en unos días se recitaba el *Ite missa est* y en otros el *Benedicamus Domino*; sabido es que aquél se dice siempre que hay *Gloria in excelsis*, y el primero que nos dió esta regla fué el Micrólogo (1) en el siglo XI; pero este autor pretende también que el *Ite Missa est* se decía en la misa cuando había concurrencia de fieles, pues en los demás casos se recitaba el *Benedicamus Domino*; mas el cardenal Bona (2) le arguye, lo cual debía probar, que el pueblo no asistía á las misas diarias. Además, es cierto que aquél, en las festividades no salía inmediatamente del templo acabado el *Ite missa est*, sino que esperaba al rezo de las horas; luego no fué esa la causa para que se dijese en tales días el *Ite missa est*. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que esta fórmula parece que tenía lugar en los días festivos y de alegría; y no manda propiamente que se marche el pueblo á sus casas, sino que les da como permiso para ausentarse; así lo explica Benedicto XIV, (3) conforme con muchas de las liturgias antiguas.

432. Después, el celebrante, inclinándose ante el medio del altar, y teniendo juntas las manos, dirigía á la Santísima Trinidad la siguiente súplica, cuyo origen es del siglo VIII ó IX: «Agrádetes, oh santa Trinidad, el obsequio de mi reconocimiento; y haz que, el sacrificio que yo, indigno, ofrecí á los ojos de tu Majestad te sea aceptable; y á mí y á aquéllos por los cuales lo ofrecí nos sea propiciatorio con tu misericordia. Por Jesucristo Señor nuestro. Amén.» Á continuación daba un ósculo al altar, elevaba los ojos al cielo, y, extendiendo, alzando y uniendo las manos, no sin inclinar la cabeza á la cruz, decía: «Bendígaos el Omnipotente Dios:» y vuelto hacia el pueblo, les daba la bendición, añadiendo: «Padre, é Hijo ✠, y Espíritu Santo. Amén.»

433. La bendición que se daba en la Edad Media al fi-

(1) De observ. Eccles., cap. 26.

(2) Rerum liturg., lib. 2, cap. 20.

(3) De Sacrif. Miss., lib. 2, c. 24.

nal de la misa correspondía al obispo y al presbítero; á ambos la daban cada uno en su misa, pero éste no se atrevía á concederla cuando se hallaba aquél presente; su origen no sube más allá del siglo XI, porque los autores de los siglos IX y X no dicen una palabra de ella, ni en los sacramentales y Rituales de aquel tiempo, ni aun antes del mismo, se menciona. El Micrólogo es el primero que nos suministra la noticia de que en su tiempo se daba, y para que se comprenda que entonces comenzaba á usarse, advertiré que los rituales de los religiosos cistercienses, premonstratenses y cartujos, órdenes fundadas por los tiempos del Micrólogo, no exigen ninguna bendición al fin de la misa. Estos últimos, aun hoy día, la dan solamente cuando celebran en los templos que no son de su orden. El citado autor (1) da la razón de por qué comenzó en su tiempo á darse la bendición de que hemos hablado; dice que como el pueblo cristiano se había apartado de la frecuencia de la Comunión, y generalmente no comulgaba ya en la misa (sería en la solemne) se introdujo la costumbre de conceder la bendición, para que al menos no se saliesen de la Iglesia sin algún espiritual consuelo y provecho. Esta bendición, á que aludimos, constaba, antes de S. Pío V, de tres cruces como las que ahora dan los obispos; pero á partir del Pontificado de este santo, los presbíteros podían concederla sólo en las misas solemnes, privilegio que suprimió Clemente VIII, reservando la triple bendición á los obispos y concediendo á ellos la simple bendición que se da, practicando una sola cruz.

434. Después de ella, el celebrante se dirigía al lado del Evangelio y decía: *Dominus vobiscum*; el coro contestaba: *Et cum spiritu tuo*; inmediatamente leía el evangelio de S. Juan ú otro principal según la calidad de la fiesta, no sin antes haber signado el principio del mismo. Á la fiesta del Corpus corresponde el de S. Juan, que se recita la mayor parte del año, y es el siguiente: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Éste,

(1) Cap. 21.

en el principio era con Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él, y nada de lo que fué hecho, se hizo sin Él. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz resplandece en las tinieblas, mas las tinieblas no la comprendieron. Hubo un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan. Éste vino en testimonio, para dar testimonio de la luz. Era (el Verbo) la luz verdadera que alumbra á todo hombre que viene á este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fué hecho por Él, mas el mundo no le conoció. Vino á los suyos y los suyos no le recibieron. Mas á cuantos le recibieron les dió potestad de ser hechos hijos de Dios; á aquéllos que creen en su nombre. Los cuales no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varon, sino de Dios. Y el Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros; y vimos la gloria de Él; gloria como de Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad.»

Al pronunciar las palabras «Y el Verbo fué hecho carne» se arrodillaba, practicando otro tanto los fieles, en testimonio de adoración á Jesucristo que se dignó tomar nuestra carne sin dejar de ser Dios.

No sabemos con certeza cuando empezó á recitarse este evangelio al final de la Misa; lo que sí se sabe es, que desde muy remota antigüedad se acostumbraba á decirlo después del bautismo de los niños, y luego de administrados el Viático y la Estrema-Unción, lo cual se ejecutaba en gracia de los fieles por el mucho respeto y devoción que le tenían. Mas en cuanto concierne á la Misa, hallamos que en algunos misales del siglo XIII, como en el de la esclarecida familia de Santo Domingo, perteneciente al año 1254, se exigía el que se recitase; y autores, como Durando, hacen mención de él para lo propio. También es evidente que hasta el tiempo de S. Pío V, no hubo ninguna ley general que mandase recitarlo en la Misa, por lo cual se decía ó no, según la voluntad de cada sacerdote. Cuando el citado Pontífice llegó á dirigir la Nave de S. Pedro, viendo por parte del clero tanta variedad en una Rúbrica importante y por otra tanta devoción en los fieles, preceptuó que en adelante

todos los celebrantes lo leyesen después que hubiesen dado la bendición al pueblo.

425. Dicho el evangelio, el celebrante y los ministros, arrodillándose ante el altar, si es que había Santísimo, ó haciendo una inclinación profunda, en caso contrario, se retiraban á la sacristía, y mientras se desnudaban los sagrados ornamentos, aquél rezaba el Cántico de los tres niños en acción de gracias, costumbre que es antiquísima, pues de ella habla el Micrólogo. Es probable también que algunas de las preces y deprecaciones que se hallan en el Misal Romano, después del mencionado himno, sean muy antiguas, porque es cierto que los que habían celebrado, á más del himno, recitaban otras oraciones, y la Iglesia tomó siempre las que encontró más antiguas.

426. Resta hacer una observación.

Al tratar del Sacrificio en la Edad Media, hemos descripto solamente las ceremonias que correspondían al celebrante si era meramente presbítero; alguna que otra dijimos referente á cuando era obispo, pero en la descripción de todas ellas no pudimos entretenernos por no hacernos molesto, y no pertenecer al plan de esta obra. Sólo diré en general, acerca de lo propio, que cuando celebraba un obispo era mayor el número de los asistentes, el número de inclinaciones por razón de la personalidad del prelado y el número de algunas ceremonias, que podrá el curioso consultar en los rubricistas. Si esto tenía lugar en un prelado ordinario, con mayor razón lo tenía cuando celebraba solemnemente el Soberano Pontífice, para el cual, entonces como ahora, había especialísimas rúbricas que se podrán ver también en los referidos autores.